San Carlos

Julio Verne

-¿Ha llegado Jacopo?

-No. Hace dos horas que tomó el camino a Cauterets; pero debe haber hecho grandes rodeos para explorar los alrededores.

-¿Alguien sabe si el bote del lago de Gaube es aún conducido por el viejo Cornedoux?

-Nadie, capitán; hace tres meses que no hemos ido al valle de Broto -respondió Fernando-. Estos infelices carabineros conocen todas nuestras guaridas. Ha sido necesario abandonar los caminos habituales. Después de todo, ¿qué gruta o cueva de los Pirineos les son desconocidas?

-Eso es cierto -respondió el capitán San Carlos-, pero aun cuando este país me haya sido completamente desconocido, era imposible permitirme cualquier vacilación. Del lado de los Pirineos orientales, fuimos perseguidos día y noche, y expuestos a innumerables peligros, por medio de artimañas que casi no podían ser puestas en práctica, apenas reuníamos nuestro sustento para la jornada. Cuando uno se juega la vida, es necesaria ganársela; allá abajo no teníamos nada más que perderla. ¡Y este Jacopo que no acaba de llegar! ¡Eh, ustedes! –dijo, dirigiéndose hacia un grupo compuesto por siete u ocho hombres recostados a un inmenso bloque de granito.

Los contrabandistas interpelados por su jefe se volvieron hacia él.

-¿Qué quiere usted, capitán? -dijo uno de ellos.

-Ustedes saben que se trata de hacer pasar inadvertidos diez mil paquetes de tabaco prensados. Es dinero contante. Y encontrarán bien que el fisco nos deje esta limosna.

-¡Bravo! -dijeron los contrabandistas.

-Abandonamos Jaca sin grandes penas, y gracias a nuestra lejanía del camino de Zaragoza que hemos tomado por la derecha, llegamos esta mañana a Sallent de Gallego. Allá, se nos repartieron libremente las mercancías en diferentes sacos. Hemos llegado al valle de Broto; aun cuando esos parajes estuviesen plagados de hombres vestidos de verdes, hemos podido atravesar la frontera de Francia, y estamos aquí a un día de Catarave donde, en efectivo, seremos retribuidos con buenos sonoros escudos.

-En marcha entonces -dijeron los más dispuestos de la banda.

-Paciencia -dijo San Carlos. Nos queda por hacer lo más difícil. Estamos acampados a dos leguas de los lagos de Arastille y de Gaube, quedando la ruta a Cauterets a nuestra izquierda. Si llegamos a esos lagos, despistaremos fácilmente a los carabineros que nos persiguen. Conozco por allá una embarcación conducida por un tal Cornedoux, que le

jugaría más de una mala pasada, y en algunas horas les haremos perder nuestras huellas entre los bosques de Geret.

-Ah, entonces capitán -dijo uno de los contrabandistas-, ¿tiene usted el mapa del país?

-Sí, no temas, y déjame a mí solo el cuidado de manejar bien este peligroso asunto.

-¡A sus órdenes, capitán! ¿Qué ordena usted para el próximo cuarto de hora?

-Mantengan sus armas listas y quítenles el polvo. La oscura noche y la humedad favorecerán a nuestros malditos perseguidores. Es una fatalidad que Jacopo no esté de vuelta. ¡Recuerden que esos paquetes de tabaco, como nobles extranjeros, deben entrar a Francia sin pagar derecho! Pero tengan en cuenta que no anunciaremos su llegada a golpe de tiros de carabina. Revisen entonces las balas de sus fusiles, y asegúrense que estén en estado de hablar para responder a la primera pregunta. ¿Qué escucho a lo lejos?

San Carlos interrumpió su serie de recomendaciones y puso su oreja en el suelo.

-Es el paso de Jacopo -dijo, levantándose-, lo reconozco; pero es necesario que suba por la ladera opuesta del pico. En una media hora estará aquí. Descansen entonces; con coraje y con prudencia. Duerman, amigos, con los puños cerrados y el ojo abierto; a la hora necesaria, los despertaré. Buenas noches.1

-¡Si Dios quiere!1

Los contrabandistas, dóciles como grandes niños, se cubrieron con sus mantas; con la carabina en la mano y exhaustos por el transporte de las mercancías durante muchas leguas, no tardaron en dormirse.

El capitán San Carlos permaneció pensativo cerca de una roca.

La noche caía sobre el valle de Broto, y el silencio acompañaba su tenebrosa llegada. La parte inferior de los glaciares se llenaba de una sombra húmeda, mientras que en el horizonte los picos negros del Estour se iluminaban aún con los últimos destellos de la atmósfera. Eran las nueve de la noche; todas las estrellas habían desaparecido del cielo, que había abierto todas sus maravillas nocturnas detrás de la gruesa cortina de profundas tinieblas. El tiempo se recargaba con esa pesantez con la cual se cargan muchas veces los últimos meses del otoño; sin embargo, las largas nubes, que parecían detenidas por las altas elevaciones de las montañas, no encubrían ninguna tormenta en el seno de su negra inmovilidad. Ya la temperatura refrescaba con la cercanía del invierno, pero el suelo, aún caliente por los últimos rayos del sol del mes de septiembre, compensaba generosamente los primeros fríos que emitían las acumuladas nieblas. La atmósfera respiraba apenas y tomaba el ejemplo de estos contrabandistas silenciosamente dormidos, a los cuales sus sueños no los podían traicionar a tres pasos de distancia. Estos hombres, tranquilos como las masas gigantescas que pesan sobre sus cabezas, parecían vivir esta vida estable y accidentada de las naturalezas montañosas; en algunas oportunidades, inamovibles, pegados al suelo, sin movimiento apreciable, parecían petrificados como las inmóviles rocas sobre las cuales reposaban; en otras, hábiles, impetuosos, alborotados, se les pudiera tomar por esos torrentes brillantes y rápidos con el cual el Gave anima en ocasiones las sinuosidades salvajes y multiplicadas de su curso. En medio de su existencia sosegada de contrabandistas, en los encuentros con sus temidos enemigos y durante la espera de algunas

horas que les traen a veces la ignorancia y el cansancio físico, se comportan como los verdaderos nativos de esas montañas perdidas, los hombres de esta naturaleza incomprensible, hechos de rocas, de torrentes y de nubes.

La tropa del capitán San Carlos estaba acampada en una especie de nido de águilas, formado por una gruta encajada entre oscuridades inaccesibles. Un camino conocido solo por el jefe, que serpenteaba a lo largo de la ladera meridional de la montaña, les provocaba todo tipo de vértigos. Un gigantesco pino, inclinado sobre este escondido retiro, hacía su descubrimiento más que problemático. Solo el azar, ese traidor de doble cara que pasa eternamente de un campo enemigo al otro, conocía, al igual que el capitán, este oscuro camino lleno de piedras rodantes.

Al amanecer se puede ver, desde este retiro, pintarse en el horizonte la gigantesca barrera que separa a Francia de España, esa cadena de montañas que surca incesantemente el horizonte en una longitud de cuatrocientas treinta leguas; hacia el sudeste, la brecha de Roland, elevada a mil cuatrocientos sesenta metros, al pie de la cual los contrabandistas habían pasado la noche, habría golpeado las miradas por el impresionante precipicio de sus laderas y el ojo hubiera buscado vanamente la cima del monte Perdido, el pico más elevado de los Pirineos, cuyas cimas vertiginosas se envuelven eternamente en su blanco manto de nieve.

Hacia el Norte, las innumerables ramificaciones del Gave, los encantadores lagos de estos valles encadenados, los bosques felizmente agrupados en las laderas de las colinas hacen un contraste pintoresco con las rudas maravillas del Sur. Es este el regreso a una naturaleza más agradable y más dulce; no había que descender para encontrar los campos civilizados y los espíritus cultivados, pero para alcanzar el área del capitán San Carlos, había que escalar enormes montañas. Jacopo no podía, por tanto, llegar tan rápido.

Esperándolo, San Carlos estaba descansando en una postura pensativa. Era un pequeño hombre, flaco, nervioso, de rasgos poco distinguidos. Un original sin copia entre los tipos de contrabandistas de la Ópera Cómica. Astuto por naturaleza, inflexible de carácter, saqueador por necesidad, fecundo inventor de artimañas matemáticas, sus planes de campaña no eran más que difíciles teoremas que resolvía por los principios de la geometría práctica. Estas demostraciones estaban por encima de la inteligencia de sus compañeros; no mostraba jamás a las circunstancias ese genio del instinto que, en los casos desesperados, hacía brotar las más maravillosas combinaciones. No había casos desesperados para el capitán San Carlos; cada situación difícil de antemano prevista tenía su solución lista, aun cuando, en los peligros inminentes, la astucia del jefe no le podía faltar.

Sus compañeros sabían bien quién era el hombre que los comandaba; también tenían en él una fe católica; no era por la fuerza física que San Carlos dominaba su tropa de semibandidos, era por la fuerza moral. Además, hábil en los ejercicios corporales, ágil como una gamuza, clarividente como un águila, manejaba adecuadamente su carabina de largo cañón cuyo impacto sorprendía desagradablemente a los hombres vestidos de verde, quienes tenían una dolorosa experiencia. Estaba vestido, como los otros, con chaqueta y pantalones de color, un cuchillo de caza cuidadosamente afilado, se enfundaba en su cintura; un gran sombrero se extendía sobre la mochila de seda coloreada que se balanceaba sobre su espalda. Un pañuelo anudado alrededor del cuello y unas ligeras alpargatas en sus pies completaban su vestimenta; su carabina descansaba cerca de él y su manta estaba

descuidadamente tirada en el suelo, entre los sacos de pieles donde se ocultaban las mercancías prohibidas. Sus compañeros dormían; él esperaba con paciencia.

Una especie de grito producido por el temblor de unos labios se hizo escuchar. San Carlos respondió y pronto Jacopo estaba a su lado.

-¿Y bien?

-¡Malas noticias!

-Tanto mejor.

-¿Por qué?

-Porque las malas noticias me permiten actuar con certeza, las buenas serían engañosas y me dejarían turbado.

-Se conoce de nuestra expedición; los carabineros nos buscan.

-¡Los evitaremos!

-¡Dios lo quiera!

-¿Hasta dónde has ido?

-Hasta los lagos.

-¿Y el barquero?

-No lo pude ver; los hombres vestidos de verde estaban por allá.

-Atravesaremos la ruta de Cauterets y llegaremos más arriba al lago de Gaube, para evitar todos los cursos de agua del Gave que atraviesan los bosques de Geret.

-¿Cómo atravesaremos el lago?

-No te preocupes por eso, Jacopo; antes de llegar, tendremos un reencuentro con los carabineros.

-Diablos -dijo Jacopo-, tanto peor.

-¿Por qué?

-Es que el sargento Francisco Dubois, que nos ha venido persiguiendo desde Cerdeña, ha encontrado nuestra pista. Le ha jurado a sus grandes dioses capturarlo a usted muerto o vivo y encabeza el destacamento que está acampado en los lagos de Arastille.

-Tomaré mis medidas.

-¡Usted sabe, capitán, que su cabeza tiene puesto un precio! Usted tiene allí una carabina que habló un poco más alto en el último encuentro, y tan alto que ha hecho silenciar a más de un perseguidor enemigo.

-No te preocupes por mí. Despierta a los otros y pongámonos en marcha.

-No he venido solo, capitán -dijo Jacopo, deteniendo a San Carlos-. Tengo un hombre que quisiera tratar con usted por uno o dos paquetes de cigarros.

-Bien. Dile que venga. Y que se prepare.

Jacopo se retiró; San Carlos se quedó solo reflexionando un instante y dijo, frotándose las manos:

-Seremos dignos del honor que nos quiere hacer el señor Francisco Dubois. No me desagradaría conocerlo.

Jacopo regresó, seguido de un campesino de las montañas, e inmediatamente fue a despertar a sus compañeros.

-¿Es usted el jefe? -preguntó el campesino.

-Después hablamos -dijo San Carlos.

-¿Existe alguna manera de tratar con usted?

-Después -respondió San Carlos-. ¿Qué quieres?

-Puesto que usted vende sus mercancías a los negociantes de las villas, usted bien pudiera hacerlo conmigo, si le pago a buen precio.

-Según. ¿Qué mercancías tú quieres?

-Lo que usted tiene.

-¿Qué?

-Los cigarros.

-¿Quién te lo dijo?

-Nadie. Un contrabandista siempre tiene cigarros.

-¿Cuántos necesitas?

-Mil.

-¿Dónde vas a venderlos?

-Del lado de Tarbes. Allí gano la comisión que nos dan, por revendernos las mercancías, los negociantes de Catarave.

-Bien, podremos ponernos de acuerdo. Pero…

-¿Qué?

-¿Cómo harás para llegar a la villa más cercana?

-No será muy difícil.

-¿Y para escapar a los carabineros?

-¡Diablos! ¡Le seguiré!

-¡Ah! ¡Ah!

-He venido antes para asegurarme de su promesa.

-Pero, ¿sabes quién soy?

-¡Qué pregunta! Usted es San Carlos.

-San Carlos. ¿Quién te lo ha dicho?

-¡Diablos, los carabineros!

-¡Los carabineros! ¿Dónde están?

-Cerca de los lagos de Arastille.

-¿Les has visto?

-Como lo veo a usted, capitán San Carlos.

-Eso es bueno. Espera aquí.

-¡Jacopo! -gritó en voz alta San Carlos.

Jacopo caminó hacia donde se encontraba el capitán, que lo llevó algunos pasos más allá del campesino y le dijo en voz baja:

-¿Dónde están los carabineros?

-En los lagos de Arastille.

-¿Estás seguro?

-Muy seguro.

-¿Se lo dijiste a ese hombre?

-No. No he hablado con él.

-¿Te ha parecido que tenía intenciones de hablar?

-No ha abierto la boca en todo el camino.

-¿Dónde lo encontraste?

-En el camino a Cauterets.

-¿Y qué te dijo?

-Me dijo: “Necesito cigarros”. Le respondí: “Venga conmigo”.

-Partamos.

San Carlos se dirigió al campesino.

-Vendrás con nosotros -dijo-, ya nos pondremos de acuerdo en el camino.

-A sus órdenes.

El capitán se dirigió hacia su tropa; los contrabandistas ya estaban en pie. Se habían echado sus mantas sobre los hombros, puesto sus carabinas en forma de cabestrillo, y sujetado sobre sus espaldas, por medio de cuerdas artísticamente hechas, los sacos de mercancías.

La oscuridad era completa, el camino estrecho y rocoso; este camino parecía colgado por casualidad a las laderas de la montaña, y en ocasiones proyectaba precipicios impenetrables. El pie vacilaba sobre estas piedras rodantes que centelleaban al chocar. Una sola persona podía pasar de frente por este camino inseguro. San Carlos se encontraba a la cabeza de la tropa y el campesino iba detrás de él, seguido de los otros contrabandistas. Era necesario estar habituado a estas sinuosidades aéreas para no precipitarse desde las mortales alturas.

El capitán marchaba sin vacilar entre estos salientes gigantescos, y desenredaba instantáneamente el misterio de esos senderos. Luego de un cuarto de hora de marcha, giró hacia la izquierda, y se encontró al pie de una elevación por la cual debía subir.

Los contrabandistas engancharon a sus pies unas grampas de hierro y comenzaron su ascensión. Ayudados por ese punto de apoyo, llegaron sin muchos problemas a la cima de la elevación. El campesino los había imitado y se había servido de los mismos instrumentos.

-¿Estás habituado a esta clase de viajes? -le dijo San Carlos.

-Sí. Esta no es la primera vez que veo estas tierras.

-¿Es cierto eso? -dijo el capitán.

-¡Es cierto! Antes que el capitán Urbano fuese detenido por los contrabandistas franceses, yo marchaba junto a él. Me vendía sus cigarros a una buena suma, y le pagaba bien. ¿Conoce a Urbano?

-Sí. Era un hombre bravo y, si la traición no lo hubiera detenido, aún estuviera defendiéndose con su fusil de esos carabineros del Diablo.

-Pero, se encontró con un rudo sargento.

-¿Quién?

-Francisco Dubois. Tiene, diablos, mucha reputación. En estos momentos comanda un destacamento en los puertos de Cerdeña.

-Al contrario. Está en los alrededores de los lagos de Arastille.

-No es posible -dijo el campesino sorprendido.

-Y ha jurado que, muerto o vivo, se apoderará del capitán San Carlos.

-¡Ah, capitán! Tenga usted cuidado. Aun con el respeto que le debo, no pagaré mucho por su mercancía.

-¿Y por qué?

-Porque corre el gran riesgo, tanto como usted, de no llegar a Catarave.

-¿Crees eso?

-Ya lo creo. Digamos que no ha ocurrido nada, que no le he pedido nada. Me iré sin sus cigarros y usted seguirá adelante sin mi compañía.

-¡Tienes miedo! ¡Entonces, ese Dubois es terrible!

-Ah, ya lo creo… ¡Usted no lo conoce bien!

-No. Él ha aprendido que los carabineros no pueden venir detrás de mi tropa, y me ha perseguido desde Cerdeña sin poderme alcanzar. Por otra parte, parece que es un hombre bravo, por tanto lo estimo, y estoy encantado de enfrentármele. ¡Astucia contra astucia! ¡Habilidad contra habilidad! Tenemos la ventaja. Él tendrá más posibilidades de hacer emboscadas que de descubrirlas. ¡El sargento Dubois no se apoderará jamás del capitán San Carlos!

-¿Por qué?

-Porque se vanagloria demasiado de prenderlo.

La tropa se había alejado bastante del camino de Cauterets, que habían tomado por la izquierda. Los contrabandistas se detuvieron y San Carlos salió a explorar los alrededores. El campesino quiso acompañarlo.

-Espera aquí -dijo el capitán.

-Pero, por favor, déjeme ir.

-No.

-¿Por qué esta negativa, capitán?

-Porque eres un poco más cobarde de lo normal.

El campesino se calló y se quedó con el resto de la tropa. San Carlos avanzó por el camino. Todo parecía tranquilo. Había, a cada lado, grandes grupos de rocas difíciles de atravesar. A cualquier otro le hubiese parecido sencillo seguir el camino trazado, debido a que los carabineros buscaban y caminaban por los senderos impracticables. Pero San Carlos tenía su plan, y les hizo una señal a sus compañeros para que lo siguieran.

-¿Qué camino es este? -le preguntó al campesino.

-El camino de Cauterets.

-Bien -dijo San Carlos.

Ellos lo atravesaron y se abrieron paso a través de las piedras y las rocas. Estas aglomeraciones titánicas parecían sobrenaturales. El campo de batalla donde Júpiter derrotó a los gigantes aliados debía estar también sembrado con sus proyectiles que se dirigían contra ellos. Cerca de bloques inmensos, que solo la mano de Encelado habría mantenido en pie, inmóviles cascadas de piedras saltaban en las laderas del camino. Estos guijarros de formas redondas debían librar ensordecedores combates en las tormentas pirineas y el silencio que pesaba sobre tantas rocas equilibradas contrastaba con estas meticulosas

aglomeraciones en las cuales cada grieta encerraba un eco, y en la cual cada eco estallaba como un trueno. Al cabo de una media hora de marcha, los hombres de San Carlos se detuvieron. Habían llegado a uno de esos lugares secretos donde los contrabandistas perseguidos muy de cerca entierran con presteza sus mercancías prohibidas. San Carlos hizo retroceder al campesino algunos pasos y se aseguró de que la gruta estuviese vacía. Se dirigió a sus compañeros y ordenó reunir los sacos que habían sido cargados.

-¿Cuántos cigarros quieres? -le preguntó al campesino.

-Un millar, si es posible.

-¿Cuánto pagarás?

-Capitán, sus negociantes los venden a cuatro soles en Francia, luego el gobierno los vende a cinco. Quiero ganar tanto como pague.

-Serán treinta escudos -dijo San Carlos.

-Veinticinco escudos. No rebajaré más.

-Treinta escudos, mi bravo. Es lo menos que se puede pagar por los prensados de tabaco por los cuales hemos tenido que enfrentar al sargento Francisco Dubois.

-Y Dios me salve -dijo el campesino-, no llegarán a su destino. Veinticinco escudos contantes y sonantes. Los venderé a cincuenta y me ganaré setenta y cinco francos.

-¡Sea! Toma uno de esos sacos. Ellos contienen mil.

El campesino se dispuso a abrir el saco.

-¿Dudas de nosotros? -dijo el capitán.

-No. Pero me gusta hacer los negocios limpiamente.

-¡A tu manera! ¿Y el dinero?

-Aquí tiene quince bellas piezas de Francia.

-¿No tienes monedas españolas?

-Por el momento no, capitán.

-Bien. Apresúrate. Partiremos enseguida.

El campesino abrió el saco, examinó el contenido y lo cerró hábilmente sin que se viesen deslizarse nuevos cigarros entre las otras mercancías. Hecho esto, se echó su fardo al hombro y la tropa, a una orden de San Carlos, lo siguió a través de las sinuosidades laberínticas. El capitán retomó la conversación con el campesino.

-¿Se dirige usted hacia los lagos? -dijo este último.

-No -respondió San Carlos-, voy a hacerle una jugarreta a Dubois. Voy a ir simplemente hacia el valle de Argelia dando un rodeo y, de allí, me iré a Catarave.

-¿Y la posta de Fourmont?

-Es sorda y ciega.

-Me gustaría mejor ir por los lagos, los carabineros no tienen embarcaciones. Llegaremos a la costa mucho antes de que ellos hayan llegado y entonces las mercancías estarán seguras en los bosques de Geret.

-Diablos, mi bravo -dijo San Carlos-, conoces el país. Pero, entonces a qué vienen tantas precauciones. Tengo, entre los carabineros, gente de la cual me puedo fiar y que no permitirán que me bloqueen el paso.

-Entonces -dijo el campesino, encogiéndose de hombros.

-Bien -dijo severamente San Carlos- dices que…

-¡Digo que es imposible!

-¡Pero tú deberías saberlo, tú que lo sabes todo! Y a propósito, ¿por qué no te haces contrabandista?

-No me gustan los tiros.

-¿Y si tenemos un encuentro?

-Me lanzaré a tierra.

-¡Vamos, eres más cobarde de lo normal! Ya te lo he dicho.

La banda había llegado a un gran camino un poco menos rocoso que los senderos impracticables hasta ahora recorridos por ellos. Algunas plantas mostraban sus tiernas cabezas entre las piedras menos unidas, y tenían sus bellos ojos cerrados hasta el naciente amanecer. Los flotantes penachos de saxífraga de larga hoja se hundían con melancolía y, en su sueño, olvidaban la rival proximidad del cardo carmesí y de la carlina de hojas de acanto. Varios matorrales de variadas especies confundían acá y allá sus silenciosos tallos. Los rododendros habían apagado los rayos sin número que, en los bellos días de sol, van dibujando en la fecunda corola sus colores más vívidos y los lirios blancos, habiendo misteriosamente acercado los lóbulos de su cáliz de satén, esperaban en silencio el comienzo de la próxima aurora, para dirigir al cielo, con el canto de los pájaros y las acciones de gracias del hombre, sus brillantes plegarias y sus himnos de fragancia.

Pero sobre todas estas poesías circundantes se extendía una noche pesada y negra, burguesamente inconsciente de las bellezas que tocaba, y de los rayos que desvanecían su oscuridad. No se enrojecía por los tintes hotentotes y los colores abisinios con los cuales se enmascaran las más frías creaciones. Pero los hombres del capitán San Carlos no se preocupaban demasiado, y, habiendo llegado al camino, no se percataron del cambio de vegetación. Ignoraban dónde los llevaba su jefe, y ninguno de ellos le había dado a estas tierras desconocidas su verdadera latitud.

San Carlos seguía su plan. Había multiplicado, a propósito, los rodeos del viaje a fin de no despertar sospechas. Y era el camino de Cauterets, ya atravesado, el que recorría para llegar al lago de Gaube.

-Eh, amigo -dijo, dirigiéndose al campesino.

-¿Capitán?

-¿Dónde estamos?

-Usted pregunta que dónde estamos –dijo, sorprendido, el campesino.

-Sí. ¿Cuál es este camino?

-El gran camino de Argelia.

-¡Muy bien! Eres fuerte en tu Geografía. Mi buena estrella me ha hecho encontrarte, porque sin ti me hubiese perdido en estos confusos laberintos. Gracias.

-Entonces, capitán, ya que se acerca usted al lugar donde va, lo abandono.

-Aún no.

-¿Por qué?

-He aquí el porqué, amigo. Dos de mis hombres te van a vigilar.

-A mí -dijo, completamente sorprendido, el campesino.

-A ti. ¡Porque este camino no es el de Argelia, es el de Cauterets por donde hemos pasado hace una hora! Entonces, o no eres del país o sí lo eres. Si lo eres, entonces me has engañado con conocimiento de causa y me quieres hacer perder. Si no lo eres, me has engañado diciéndome que eres nativo de la región y aliado del capitán Urbano. En los dos casos, eres un mentiroso y a un mentiroso en estos caminos se le llama un espía. Podría romperte la cabeza, pero no lo haré.

El campesino no respondió. Fue a tomar puesto al final de la tropa, entre dos contrabandistas que escrupulosamente le servían de escolta. San Carlos no se ocupó más de este asunto; haciendo apurar el paso a sus compañeros, y dejando a su derecha, en el horizonte, los lagos de Arastille, se dirigió al lago de Gaube.

Se veía ya el monte Viñamala que se baña en sus límpidas aguas. Quedaba una media hora de marcha. El capitán retomó el camino a través de tierras raramente pisadas por el paso del hombre; su fatigante marcha fue de pronto interrumpida por unos muros de granito que era necesario franquear desgarrándose las manos y las rodillas. Algunos cursos de agua sin profundidad fueron felizmente atravesados; los contrabandistas no emitieron queja alguna sobre la duración del viaje y la aspereza del camino.

El capitán San Carlos quería poner entre sus perseguidores y él esa extensión de agua difícilmente abordable. Esperaba encontrar esa embarcación que él solo conocía y que el viejo Cornedoux reservaba previamente para sus expediciones más aventureras; los carabineros podrían difícilmente perseguirlo, y en poco tiempo llegaría a los bosques sombríos y espesos donde sus huellas se perderían fácilmente. Pero, para esto se necesitaba prever todo y tener todo previsto: que Cornedoux no estuviera, que la embarcación hubiese sido destruida. San Carlos se dirigía hacia el pico del Estour donde, en los lugares ocultos marcados con anterioridad, depositaría en lugar de seguridad sus mercancías de contrabando. La imperfección de las noticias de Jacopo lo dejaba en la disyuntiva de ir o a la derecha o a la izquierda del lago. En cuanto a los espías entre los carabineros, no tenía

ninguno; esto solo lo había dicho para asustar al traidor introducido en su tropa que se había jactado de esas ayudas foráneas.

Hacía algún tiempo que los contrabandistas avanzaban hacia el noroeste, más silenciosos que los fantasmas de las leyendas. El peligro se acercaba con el lago. Las balas mortales iban de cada recodo del camino, quizás, a asaltar a la pequeña tropa. Detrás de cada roca podía centellear alguna luz y salir una lluvia homicida. También, los ojos estaban atentos, las orejas abiertas, las manos cerca de la carabina, pero el corazón estaba en el corazón, y ni un latido más rápido traicionaba una emoción imposible, un terror desconocido. Por estos senderos estrechos, los contrabandistas marchaban en fila. San Carlos a la cabeza. El campesino se hallaba detrás, entre los dos hombres que lo vigilaban activamente. Al menos, no parecía preocupado, y fumaba despreocupadamente un excelente tercena que había sacado de su bolsillo.

-¿Desean alguno? -le dijo a sus guardianes.

No hubo rechazo.

El campesino les había dado a escoger algunos en el saco recientemente comprado y los contrabandistas mascaron entre sus dientes dos excelentes prensados. Pero, al cabo de algunos instantes sus cabezas le pesaban, sus piernas se doblaban, sus ojos se cerraban obstinadamente, y pidiendo ayuda llamaron a sus camaradas que estaban tan ocupados que no se habían dado cuenta de nada A sus llamadas, estos se detuvieron y en un momento, San Carlos se acercó a ellos.

-¿Qué pasa? ¿Qué tienen?

Grandes bostezos le respondieron y los dos hombres cayeron a tierra en un estado de completa somnolencia.

-¿Dónde está ese campesino? -preguntó San Carlos.

Se miró en los alrededores: nadie. Había huido, luego de haber adormecido por medio de cigarros cargados de opio a los guardias destinados a su custodia.

-¡En marcha! -gritó San Carlos-. Se despertarán mañana. No tenemos un minuto que perder, camaradas. El enemigo está ya sobre nuestros pasos. Sus vidas dependen de su rapidez. En un cuarto de hora estaremos en el lago. Los carabineros no tienen embarcaciones para perseguirnos. En marcha, y pobre de los rezagados.

El capitán recogió los sacos abandonados por los dos adormecidos guardias y se dirigió con sus ocho hombres a través de los caminos. La noche redobló su oscuridad. El monte Viñamala se dibujaba entonces con sus pendientes imposibles. San Carlos conocía una grieta estrecha hundida entre dos conos trazados perpendicularmente, en la cual no se apuró a esconderse, y por tanto, del lado del lago, un solo hombre hubiera ametrallado la banda a su gusto. Los contrabandistas serpenteaban en medio de las profundas tinieblas, extendían sus manos para no herirse con los agudos salientes, y gateaban en algunas ocasiones para franquear una depresión de la roca. ¡Se diría que era una larga culebra que se arrastraba sin ruido en las grietas de un muro en ruinas!

A la extremidad de esta zanja aplastante dormía el lago de Gaube. Allá, los carabineros esperaban sin duda una presa inevitable. San Carlos contaba sin embargo con su ignorancia de los lugares en general y de esta roca en particular. Una vez llegado a la ribera, estaba a cien pasos de la cabaña del viejo barquero y su embarcación lo ponía al seguro.

Pero, ¿existía la embarcación? ¿Estaría el barquero en su casa? ¿No irían los carabineros a diezmar la tropa?

San Carlos se acercó a la extremidad opuesta. Avanzó solo, gateando y con una habilidad tal que su marcha no lo hubiera denunciado a la oreja más atenta. Salió de la brecha, asomó la cabeza, y no vio nada. Se deslizó hacia la orilla… ¡Nada! Ya se dirigía hacia la cabaña cuando vio un hombre inmóvil al borde del lago. Llegó cerca de él, sin llamar su atención, lo agarró por el cuerpo y le puso la mano en la boca.

-¡Oh, Dios! -dijo este.

-¡Cornedoux! -dijo San Carlos.

-San Carlos -dijo Cornedoux.

-¡Calla! Estamos rodeados.

-Sí. Los carabineros andan por allá.

-Y la embarcación, ¿está en buen estado?

-Está lista.

-Desamárrala y dirígete a la orilla del lado de la brecha.

-De acuerdo, capitán.

San Carlos regresó con su tropa, le hizo signo de avanzar y se reunió con ella en el momento en que la embarcación llegaba a la ribera. San Carlos embarcó con sus ocho hombres. El barquero permaneció en tierra y los contrabandistas zarparon.

-¡Estamos salvados! -dijo San Carlos-. Remen fuerte.

El lago de Gaube no tenía más que una legua y media de ancho. Es profundo, frecuentemente de veinte a veinticinco toesas. Allí muchos arroyos, pequeños afluentes del Gave, desembocan. Esta situado a una legua del puente de España que se encuentra sobre uno de sus afluentes y a dos leguas aproximadamente de Cauterets y de Catarave.

La embarcación que dirigían los contrabandistas era de una rara construcción, con grandes protuberancias por delante y por detrás y su velocidad era mediocre. Los sacos de tabaco, los fusiles y la pólvora fueron depositados en grandes cofres de madera hechos de roble, interiormente vestidos de cobre y de hecho impermeables. Si la barca se hubiese sumergido, las mercancías hubiesen quedado intactas. Estos cofres, también muy particulares, eran bastante espaciosos para contener los objetos sujetos a derechos y pasados de forma fraudulenta por los hábiles contrabandistas: lanas, cueros, pieles, pañuelos, jamón, manteca, vinos finos, telas, aceite, tabaco, tintes, jabón y metales. Todas estarían allí diariamente encerradas y saldrían entonces debido a los compromisos secretamente establecidos en las villas fronterizas.

Los ocho hombres permanecían en silencio. San Carlos dirigía la embarcación. Avanzaban lentamente sobre esta onda inmóvil que no se resistía de manera alguna a los esfuerzos del navegante. Pero San Carlos sabía que uno de los afluentes del Gave era alimentado por el lago mismo y formaba, bien delante una especie de lago, una corriente submarina de la cual se pensaba aprovechar.

¡De pronto, un ruido inacostumbrado se escuchó! Eran ruidos de remos batiendo irregularmente el agua.

-¿Qué es eso? -dijeron los contrabandistas a baja voz.

-Callen -dijo San Carlos.

No se veía nada a cinco pasos por delante de ellos.

-¡Hola a los del barco! -dijo una voz dotada de un acento francés.

-Estamos atrapados -dijo San Carlos, pero confiándose a sus recuerdos, dirigió más activamente la embarcación hacia la corriente que sospechaba.

-¡Hola! -dijo alguien-. Respondan o abriremos fuego.

-Que cada uno de ustedes -dijo San Carlos a sus hombres- ate una de sus cuerdas alrededor de su pecho.

Estas eran unas largas cuerdas de aproximadamente diez toesas, que iban colgando en los bordes de la embarcación.

-¡Hola! ¡Fuego!

El lago se iluminó de repente con un rápido destello. San Carlos vio cuatro canoas cargadas de carabineros que lo rodeaban; en medio de ellos, el campesino que había escapado daba sus órdenes. Era Francisco Dubois. San Carlos lo reconoció.

-¡Ya te tengo, San Carlos! -gritó el sargento.

-Aún no, mi amigo -respondió el capitán.

-Hacia adelante -gritó el sargento.

-Hacia abajo -gritó el capitán.

Solo algunos pies separaban a las canoas de la embarcación del capitán. Los perseguidores se precipitaron sobre él. Su choque debía hacer estallar en pedazos a la embarcación, pero grande fue la estupefacción de los carabineros cuando sus propias embarcaciones chocaron las unas contra las otras. ¡San Carlos, su tropa, su embarcación, todo había desaparecido!

-Desaparecidos -dijeron los carabineros.

-Esto es singular -dijo Francisco Dubois.

No había ni cuerpos, ni mercancías. Las canoas se dispersaron en todos los sentidos cerca del lugar del desastre.

-¡Nada! ¡Ningún resto! ¡Ni un cadáver! -dijo el sargento.

Durante un cuarto de hora su búsqueda fue infructuosa. No vio nada. No encontró nada. Una antorcha fue encendida y al mismo instante, los carabineros vieron a los contrabandistas con sus fardos cargados y subiendo por la colina opuesta. ¡Era fantástico, era para morirse de la rabia!

El sargento no conocía estas misteriosas embarcaciones, en las que la proa y la popa llenas de aire la sostienen a una altura constante hasta que se sumergen. Por tanto, San Carlos, en el momento en que iba a estallar en mil pedazos, abrió la válvula situada en el fondo de la embarcación, que había puesto aproximadamente a diez toesas, y los hombres atados a sus bordes habían sido remolcados por la misma. Una vez que entró en la corriente submarina, no tardó en ganar la orilla vecina. Allá, había tirado a tierra, las mercancías, los fusiles y la pólvora sacadas de los cofres, y los contrabandistas ganando a rápidos pasos los campos que los separaban del bosque de Geret, se distanciaron provocando la sorpresa de los aturdidos carabineros.

-¡Fuego! -gritó el sargento.

Pero las balas se perdieron en el espacio.

-¡Adelante! -gritó Dubois fuera de sí.

Las canoas volaron sobre las aguas del lago y ganaron la ensenada donde acababa de desembarcar el capitán San Carlos. Pero la misteriosa embarcación había sido reenviada a su elemento acuático, donde el viejo barquero la recogería más tarde y la ocultaría sin muchos contratiempos de las miradas indiscretas y salariales de los empleados del fisco.

Los carabineros desembarcaron y, con sus fusiles cargados, se lanzaron sobre las huellas de sus enemigos. Pero estos tenían la ventaja y, aunque llevaban una pesada carga, caminaban con paso rápido. Sin embargo, cada vez que San Carlos llegaba a una pequeña eminencia, miraba hacia atrás y se veía ganando velocidad. Los carabineros descargaron, en algunas ocasiones, sus fusiles y las balas rodaban hasta los pies de los contrabandistas que estaban muertos de fatiga.

Llegaron así al puente de España, formado por abetos de veinticinco a treinta pies de longitud que atravesaban el Gave apoyándose sobre enormes masas de granito de cuarenta pies de altura. San Carlos vio a sus compañeros exhaustos y los carabineros tratando de alcanzarlos. De esta manera, después de pasar por el puente, se escondió detrás de una de las rocas sobre las cuales se desarrollaba la magnífica cascada del Gave y descendió con una habilidad asombrosa por sus flancos perpendiculares. Los contrabandistas le siguieron, se aventuraron a través de un camino, o más bien, un reborde de piedras de un pie de largo, siendo así ocultados por el propio salto de agua. Una gruta se ofrecía a sus ojos. Las mercancías fueron allí dejadas con presteza y la tropa del capitán San Carlos se dispersó en diversas direcciones.

Cuando los carabineros llegaron al puente, lo atravesaron rápidamente, pero no vieron ni oyeron nada; entonces regresaron sobre sus pasos, husmeando durante dos horas por los alrededores y no teniendo más que la consolación de enviarse mutuamente a todos los diablos, que tanto detestaban este tipo de gentes.

A la mañana siguiente, los sacos de tabaco llegaron a Catarave, sobre las espaldas de hombres especiales enviados a la gruta del puente de España por los negociantes de la villa; luego San Carlos y sus hombres, que recibieron el pago por el precio convenido, retomaron el camino de las montañas cantando los más alegres de sus coros y jurando por todos los santos sonoros de su calendario que los contrabandistas eran y serían siempre las gentes más felices del mundo, mientras hubiera cigarros en España y hombres vestidos de verde para impedirles la entrada a Francia.